

cita no han acudido todos los pueblos con igual prisa ni con igual celo. Mientras los ingleses tienen ya arreglada toda su exposición, puestos en orden sus maravillosos productos y hasta impreso su catálogo, los españoles sólo hemos colgado nuestros cuadros, y en la parte industrial ni siquiera hemos hecho todavía los estantes. Mientras los suizos han trabajado con ese empeño que pone la admirable nación en probar al mundo cómo se prospera á la sombra de la libertad, los turcos todavía están sembrando de estrellas de marfil y oro su departamento donde se ve el géneo del Oriente. Rusia ha instalado sus muebles, sus malaquitas, sus mosaicos, sus altares bizantinos, casi toda su exposición. Suecia y Dinamarca han hecho lo mismo, se han adelantado muchísimo á las otras naciones. Portugal ha construido en el Parque su casita con reminiscencias del convento de Belen; pero en el Circo aún se halla en sus trabajos tan atrasada como España. Italia tiene puestas en orden sus maravillosas estatuas, pero no tiene puestos en orden sus productos industriales. Aquello es todavía un caos donde sólo podrá poner alguna armonía ese gran regulador de todas las cosas, ese grande ordenador de todos los sucesos, ese infatigable trabajador que se llama el tiempo. En el día de la apertura sólo se oye el ruido de la sierra, del martillo, del escoplo, el grito del trabajador; sólo se ven realmente, en aquella colmena de la industria humana, como nubes de obreros que deshacen bultos, que abren cajones, que reciben fardos, que colocan objetos en sus estantes, que montan máquinas, que arreglan y perfeccionan la grande obra para que vengan emisarios del mundo entero á celebrar la fiesta maravillosa de la fraternidad en el trabajo, la cual anuncia otra fiesta más grata para lo porvenir, la fiesta de la fraternidad en el derecho.

Pero no puede hablarse de nada de esto cuando resuenan en todos los oídos las últimas palabras pronunciadas en el Parlamento

del Norte de Alemania por un amigo de Mr. Bismark. En un discurso en el cual pregunta qué hay sobre la cuestión del Luxemburgo, pero en tono tan grave y tan amenazador que todo el mundo teme una guerra. La respuesta del ministro no es mucho más tranquilizadora. Naturalmente no usa aquel tono guerrero empleado por el diputado. Pero, en medio de las reservas diplomáticas, la amenaza estalla como un relámpago en una nube oscura. Bismark dice que el rey de Holanda le ha consultado sobre la cesión del Luxemburgo; pero que le ha contestado que, al tomar tal decisión, adquiriría inmensa responsabilidad. El asunto es grave, las amenazas terribles; el porvenir se halla preñado de tormentas. Los industriales han creído siempre que sus intereses podrían desarrollarse fuera del derecho, fuera de la libertad. Y en medio de una fiesta pacífica, en medio de una exposición del trabajo, cuando todo parecía apercibido para unir los pueblos y reconciliarlos, viene á sentarse en torno del banquete, el espectro de la guerra. Ahora sí que podríamos decir con el poeta:

Paz á los hombres, gloria en las alturas
Cantad en vuestra jaula, criaturas.

Abriase pues, en la primavera de 1867, la Exposición, el gran certámen del trabajo, esa fuerza creadora; y todo el mundo hablaba de otro certámen ménos plácido, de la guerra, de la gran fuerza destructora. Se libran á ella tantos intereses y hay tal solidaridad en los pueblos modernos, gracias á la extensión de la idea del derecho en la conciencia y á la rapidez de las comunicaciones en el espacio, que todo el mundo recoge su aliento para escuchar si resuena el primer cañonazo de alarma. Cuando la nobilísima causa de la emancipación de los esclavos trajo en el Norte de América aquella guerra, que será siempre una de las mayores glorias de nuestro siglo, los viejos políticos del continente europeo, apegados á sus altares y á sus tronos, achacaban tan supremo conflicto, nece-

sario para acabar con uno de los mayores males heredados por la joven sociedad americana, á la índole inquieta y subversiva de las instituciones democráticas. Estamos en Europa; aparentemente las viejas instituciones se hallan todas de pié. Un Papa hay en Roma como representante de la idea religiosa y de la autoridad espiritual; un Emperador en Viena como representante de la última sombra del antiguo sacro Imperio; reyes se hallan á la cabeza de todas las naciones; colegios de sacerdotes dirigen, nuevos augures, las conciencias; ejércitos armados hasta los dientes con armas que siembran por doquier la muerte sostienen el orden; la diplomacia escribe y habla como si tuviera pendiente de sus labios ó de su pluma el hilo misterioso de los sucesos; las aristocracias del capital que han heredado á las antiguas aristocracias de la sangre se refugian en las altas Cámaras y en los nobilísimos Senados; la democracia está reconocida en la ciencia, pero está proscrita, negada en la práctica; y, sin embargo, en tres años hemos tenido tres guerras; la del Holstein, la de Alemania, la de Italia; tres guerras, que no han podido evitar tantos diplomáticos, tantos sacerdotes, tantos reyes, todo este orden artificial y costoso, á cuyos piés se inmolan los eternos principios de justicia, y los progresos de la civilización moderna.

El origen de estas guerras se encuentra en los graves males que nos aquejan, efecto de nuestra imperfectísima constitución social. Si el primer cónsul no hubiera entregado el Véneto al Austria como un despojo que se abandona sobre un campo de batalla, ¿hubiérase vertido tanta sangre para devolver el Véneto á Italia? Si las nacionalidades se encerraran dentro de sus límites y los hombres dentro de sus derechos, ¿hubiera regido en la cuestión de los Ducados la ley brutal de la fuerza? Y, ahora, si los principios de justicia dominaran, si cada pueblo no entrara sino en aquellas confederaciones señaladas por la

naturaleza, por la afinidad de las razas, por los lazos de la lengua, de la sangre, de la historia, y sobre todo, por su propia voluntad soberana, ¿tendríamos conflictos que amenazan ser tan horribles como si nuestro planeta chocara con otro planeta en la inmensidad del espacio?

No podemos medir bien cuán caras le cuestan á la humanidad sus viejas preocupaciones. Si tuviéramos un instrumento para medir la sangre que ha caído sobre la tierra, por culpa de nuestros viejos errores, como tenemos instrumentos para medir la lluvia que cae en ciertos períodos de tiempo, llevaríamos un horrible remordimiento sobre la conciencia al mirar cómo nos hemos bañado todos en sangre humana, en esa sangre que debía ser la sávia de la vida.

Pero vamos á los hechos. El engrandecimiento de Prusia es una grave inquietud para Francia. El gobierno francés, á pesar de las largas perifrasis de Mr. Rouher, no puede contestar á los que le aseguran deberse principalmente este amenazador engrandecimiento de Prusia á la neutralidad de Francia. Hay quien supone más, hay quien supone que la guerra no se hubiera emprendido sin las conferencias de Biarritz entre el Emperador y Bismark, ni rematado tan dichosamente para Prusia si el Emperador no le hubiera aportado el auxilio de Italia. Naturalmente, en nuestro siglo se ve el fenómeno de la formación de las nacionalidades no concluidas durante estos tres últimos siglos como en el siglo décimo-sexto, se vió el fenómeno de la formación de nacionalidades no concluidas durante la Edad Media. Solo que entonces las nacionalidades se formaban por el principio del derecho divino, y ahora se forman por el principio del sufragio universal. Las naciones que se formaron tan fuertemente hace tres siglos como se formó la Francia, no pueden crecer, porque han llegado, casi al límite natural de su desarrollo; mientras que otras naciones, no formadas en-

tonces, precisamente se han de formar ahora, y se han de formar, violentando la ley del tiempo un poco, por lo rápido, sí tardío, de su crecimiento. Italia, llena de extranjeros por sus desgracias históricas, por el poder teocrático arraigado en su centro, por los duques feudales esparcidos en sus provincias, debía formar su nacionalidad, que ya está completa desde que se ha arrancado esos clavos que se llaman las plazas del cuadrilátero, aunque le faltara entonces desceñirse por último, para término de su larga pasión, la corona de espinas que es el poder temporal establecido en Roma, Alemania, donde el principio de individualidad ha germinado para esparcirse por la historia moderna, estaba casi reducida á un montón de polvo, merced á sus infinitos rēgulos feudales. Era necesario darle unidad, aun á costa de violentar un tanto los sucesos, y la opinión misma de Alemania. Era necesario crear esa nacionalidad. ¿Qué daño puede sobrevenirle á Francia de que las naciones vecinas rematen hoy lo que Francia remató hace tres siglos? Sean las que quieran sus aprensiones, así como la unidad italiana se ha constituido sobre su frontera de los Alpes, la unidad alemana se constituirá sobre la frontera del Rhin, y la unidad ibérica sobre la frontera del Pirineo. Los pueblos, para evitar que estas grandes unidades no se conviertan en grandes dictaduras, tienen un medio político que es la democracia y otro medio administrativo que es la descentralización. Pero caminamos á la unidad por nacionalidades que será el término anterior á la unidad por razas, la cual á su vez será el término anterior á la unidad por continentes, la cual será á su vez el término anterior á la unidad humana, que será completada por la variedad de las libertades y de los derechos individuales; bello ideal de la futura historia.

Mas la susceptibilidad francesa está muy herida por el crecimiento de Prusia. Además, Bismark no ha tenido el tacto que tuvo Ca-

vour al unir la causa de la unidad italiana con la causa de la libertad; Bismark ha dado á su obra el sello del derecho divino, y á sus procedimientos el aspecto de una gran violencia. La causa ocasional de las angustias con que la Exposición Universal se abría, era muy sencilla. El ministro prusiano comprendía que necesitaba dar alguna satisfacción á esas susceptibilidades francesas, y propuso al Gabinete de las Tullerías comprar el Luxemburgo al Rey de Holanda. Acostumbrado á menospreciar la opinión, Bismark no calculó cuántas resistencias opondría la opinión alemana á su proyecto. Cuando el hecho iba á ser público, el Parlamento alemán anatematizó el hecho, ahogándolo casi en su cuna. Y no solamente lo anatematizó el Parlamento, sino también el Rey, ese Rey de quien Bismark ha sido el dueño durante largos años. Así es, que en París, en las altas regiones, se creía posible que el ministro prusiano arreglara la cuestión del Luxemburgo, ó sucumbiera. Su permanencia en el poder, decía entonces, sería la paz, su caída del poder sería la guerra. Febrilmente cogido al telégrafo, lleno de preocupaciones que casi le matan, el Cavour alemán, consulta á los Gabinetes europeos, detiene la ira de las Tullerías, disciplina las bandas parlamentarias, entretiene al Rey, conjura á Rusia para que no le comprometa en su conflicto, recuerda á Italia que le debe la emancipación de Venecia, despierta ó adormece á su grado el patriotismo alemán, y con frecuencia, en sueños, agitados sus nervios por tantas emociones, exacerbadísimo su cerebro por la fragua de un pensamiento siempre en combustión, cree que el juicio se le escapa, sobre todo, cuando ve su reciente y no bien cimentada obra expuesta á caer, como los muros de Jericó, al sonar de las trompetas.

Así es, que todavía se creía, todavía se esperaba á mediados de Abril en la paz. El Rey de Holanda no sabe naturalmente qué hacer de ese gran Ducado en el cual subsiste aún la guar-

nición prusiana. Conociendo que no tiene fuerza para sacarse tal espina, entrega el Ducado de Luxemburgo á Francia á cambio de unos cuantos millones. En tal punto, el sentimiento alemán, que tantos poetas han sobreescitado, se despierta, y se alarma. El Luxemburgo, dicen los de allende el Rhin, es la Saboya alemana entregada á Francia. El Luxemburgo es el territorio alemán vendido en pública almoneda. Italia pudo dar Saboya en pago de un auxilio eficaz, como soldada á los guerreros de Solferino, pero los que nada deben á Francia, con nada le pagan. Si al inaugurarse la Confederación del Norte, se inaugura con la venta de un territorio alemán, bien puede decirse que la Confederación del Norte se inaugura muerta. Francia, en el Luxemburgo, amenaza de un lado las provincias rhinianas y de otro lado la Bélgica, tal vez la Holanda. Carlos V, viejo, achacoso, cercano ya á enterrarse vivo en Yuste, sitió á Metz para que el Imperio alemán tuviera en sus manos las llaves de la frontera francesa. ¿Vamos á dejar caer una de sus llaves cediendo el Luxemburgo? Entonces se deshojará en la frente del Rey de Prusia la corona de laurel que se había ceñido á costa de tanta sangre alemana en los campos de Sadowah. Si quiere Francia dar á beber á Alemania la copa de esta grande humillación, Alemania preferirá la guerra, la muerte. Si sucumbe, habrá salvado su honra, y no se dirá que el territorio alemán se vende y se compra como una hacienda, ni que doscientos mil alemanes son traspasados de unas manos á otras como un hato de ganado.

Tales son poco más ó menos las palabras que en todo Alemania se oyen desde los periódicos al Parlamento, desde los clubs hasta los salones, desde las tabernas hasta los teatros. En tal crisis todo el mundo pregunta ¿qué piensa, qué hace el gobierno francés? La Bolsa oscila entre los temores de la guerra y las esperanzas de que no será la paz turbada durante la Exposición. La minoría del Cuerpo

legislativo interpela, y las secciones niegan la oportunidad de la interpelación. El ministerio francés pasa la siguiente nota á ambas cámaras. Algunas negociaciones se han entablado respecto al Luxemburgo; pero sea cualquiera su término, la Francia no arreglará esta cuestión sino con estas tres condiciones: 1.ª la cesión espontánea del Gran Ducado por el rey de Holanda; 2.ª el consentimiento de los habitantes por el sufragio universal; 3.ª el previo convenio de las potencias firmantes del tratado de 1830. Sabido es que en tal época se declaró la independencia de Bélgica y que se aseguró por un tratado entre Inglaterra, Francia, Prusia, Austria y Rusia. Pues bien, este tratado garantizó al rey de Holanda el Gran Ducado de Luxemburgo que se quiere ceder á Francia. La cuestión, pues, se eleva á la altura de una cuestión europea.

Hay quien propone la cesión del Luxemburgo á Bélgica, y en este sentido acaba de hablar el rey belga á Napoleón, como hubo quien propuso la cesión de Saboya á Suiza. Hay quien propone también que el Luxemburgo sea declarado autónomo y en respeto de su autonomía, Prusia retire la guarnición de su fortaleza. En Francia la guerra no es popular. La creo más un arma de oposición que un arma templada en el fuego de los corazones franceses. Cuando Francia quiere una guerra lo dice tan claramente y tan alto como lo dijo cuando arrastró al Imperio á la guerra de Italia. El *Avenir National*, el más avanzado entre los periódicos franceses, ha dicho que no desea la guerra, porque si sucumbe el ejército francés, peligrará la patria, y si triunfa, se afirmará en Francia la reacción. Así es que á todo el mundo ha extrañado mucho la actitud guerrera del periódico de Girardin, cuando rebusca diariamente alguna sentencia de cualquier hombre ilustre, y la publica, encabezándola con este título: guerra á la guerra. Girardin tiene en su carácter algo de lo que constituía el fondo del carácter de Prou-